

César Mallorqui

La caligrafía
secreta



1789. La desaparición de un viejo amigo, el levantamiento del pueblo francés, el hallazgo de una caligrafía que oculta un terrible secreto, el miedo, la locura, el suicidio, la muerte... Diego Atienza narra la extraordinaria aventura vivida junto a su maestro don Lázaro Salazar en el París de la Revolución, cuyas consecuencias persistirán para el resto de sus vidas.

Prólogo

Dentro de poco haré algo que no debería hacer y la persona que ahora soy dejará de existir. Y no es que mi muerte esté próxima, pues, a pesar de mi avanzada edad, todavía gozo de buena salud; se trata de algo distinto, algo que no puede expresarse de forma sencilla. Para entenderlo —si es que resulta posible entenderlo—, es necesario conocer toda la historia. Por eso, aunque durante muchísimos años la he guardado en secreto, ahora voy a contarla.

Los hechos que me dispongo a relatar son, al mismo tiempo, una explicación y una advertencia. La explicación intentará justificar el porqué de mi extraño estado, la razón de mi aparente locura. En cuanto a la advertencia, servirá, espero, para alertar a quien me encuentre acerca del libro que hallará junto a mí. Ese libro, el libro que he ocultado celosamente durante tantos años, es la razón última que se esconde detrás de esta historia.

En el fondo, la advertencia podría resumirse en una sola frase: no mires ese libro, mantente alejado de él, pues es lo más asombroso y terrible que jamás ha existido sobre la faz de la Tierra.

Cierra los ojos, ni se te ocurra mirarlo, pues podría arrebatarte la cordura.

Precisamente por eso, yo lo voy a mirar.

* * *

Hace muchos años, más de los que puedo enumerar sin sentirme abrumado por la fatiga del tiempo, mi mentor, don Lázaro Aguirre de Salazar y Mendoza, me contó una historia acaecida en las lejanas tierras de Oriente.

En China, durante la época feudal, y probablemente todavía ahora, las mujeres se hallaban enteramente sometidas al yugo de los hombres. No podían intervenir en la vida pública, y su papel en el hogar se limitaba a la crianza de los hijos, el cumplimiento de las labores domésticas y la obediencia ciega a los dictados del esposo. Carecían de potestad para poseer tierras, para emprender negocios o para viajar sin permiso; pero, sobre todo, les estaba vedado expresar sus pensamientos, pues si éstos no eran del agrado del marido, el castigo podía ser extremadamente severo. Por ello, hace más de mil años, las mujeres del cantón de Shangjiangxu inventaron un sistema para burlar la tiranía de los varones: el *nushu*, una caligrafía secreta que les permitía comunicarse libremente sin miedo a la intromisión de los hombres, pues éstos no sabían leerla.

El *nushu*, o caligrafía de mujeres, constaba de dos mil caracteres y, al parecer, se tardaba casi dos lustros en dominar su práctica; no obstante, pese a la dificultad que entrañaba tan complicada escritura secreta, las madres se la transmitían a sus hijas como un bien extremadamente valioso, pues su conocimiento devolvía a la mujer la voz que el hombre le había robado. Por lo general, la caligrafía *nushu* se utilizaba para transmitir enseñanzas y consejos, sobre todo matrimoniales, como el modo adecuado de tratar a la suegra, la forma de satisfacer al cónyuge en el tálamo o las artimañas para ocultar un galanteo prohibido. Pero también era frecuentemente usada con el objeto de expresar los pensamientos más íntimos, desde la pena por la ausencia de una amiga hasta la decepción de la madre que tuvo una hija cuando su marido esperaba un hijo.

—Una caligrafía creada para el consuelo —decía don Lázaro—. ¿No te parece extraordinario, Diego? Esas muje-

res hablaban y pensaban en chino, no inventaron un idioma nuevo, ni usaron códigos cifrados para ocultarse de la indiscreción de los hombres, pues los idiomas pueden traducirse y los códigos descifrarse. No, nada de eso; lo que hicieron fue elaborar una caligrafía tan compleja que su dominio requería años de adiestramiento. ¿Y qué hombre iba a molestarse en invertir tanto tiempo y esfuerzo para aprender algo que, según su mentalidad, no era más que una tontería femenina? Sí, amigo mío, esas mujeres eran sabias; comprendían que trazar letras es dibujar el sonido de la voz humana, y que si disfrazas el dibujo, disfrazas la voz. La forma es el fondo, Diego; no lo olvides.

«La forma es el fondo...». De tener algún lema, ése habría sido el suyo. Me lo repitió tantas veces que aún ahora puedo evocar con nitidez el grave sonido de su voz pronunciando esas cinco palabras con la cadencia de un metrónomo.

Don Lázaro Aguirre, mi maestro, patrón y finalmente amigo, amaba la forma por encima de todo. Para él, la esencia de una rosa no residía en su perfume, sino en la curva de sus pétalos, el trazo del tallo o las aristas de las espinas, y un cuerpo humano, aún el de la mujer más bella, era según su punto de vista tan sólo una serie de proporciones geométricas regidas por las leyes de Fibonacci.

Aunque a primera vista pueda resultar sorprendente, la obsesión de mi mentor por la apariencia de las cosas nada tenía de extraño, pues se trataba de una mera deformación profesional. Don Lázaro era calígrafo, su trabajo consistía en dar forma a las palabras, convertir los sonidos en rectas y curvas sobre el papel, reproducir los matices de la voz humana mediante signos de interrogación, admiraciones o puntos suspensivos.

Más sería un error confundir el trabajo de mi maestro con la labor del escribano, cuya artesanía se limita a trasladar al papel, con fidelidad pero sin auténtico afán estético, las palabras vertidas por la voz. Lejos de ello, don Lázaro

era capaz de transformar el más vulgar de los textos en una obra de arte colmada de armonía y belleza, razón por la cual sus servicios eran frecuentemente requeridos para redactar documentos de gran importancia, tales como títulos de nobleza, decretos reales o árboles genealógicos.

Aunque, siendo fieles a la verdad, sus conocimientos e intereses excedían con mucho el ámbito de la caligrafía, pues también dominaba temas tan diversos como la historia, la anatomía, el arte o la ingeniería. Era, además, un gran bibliófilo, un más que notable violonchelista y un devoto de la razón cuyos trabajos en el campo del álgebra y la astronomía eran tenidos en muy alta estima en los círculos ilustrados y científicos. Pero sobre todo, don Lázaro era el hombre más inteligente y sabio que he conocido, una luz en las tinieblas de un mundo sumido en la superstición, la incultura y la violencia.

A él le debo todo cuanto sé y todo cuanto soy. A su lado viví experiencias extraordinarias, desde viajes al lejano Oriente hasta ascensiones en aeróstato, travesías por el océano o expediciones en pos de antigüedades egipcias; pero nada de ello puede compararse a la insólita aventura en la que nos vimos envueltos durante el verano de 1789, cuando una sangrienta serie de asesinatos estremeció a una ciudad, París, que muy pronto iba a ver sus calles anegadas de sangre y sacudidas por una revolución que cambiaría el mundo para siempre.

La indagación que mi mentor emprendió para intentar resolver el misterio de aquellos horribles crímenes acabó conduciendo a un antiguo secreto que habría de poner nuestras vidas en serio peligro.

Más no sólo fue nuestra existencia lo que peligró, sino también la cordura, pues aunque yo apenas llegué a atisbar una ínfima fracción de ese secreto, la experiencia produjo en mí una herida que todavía hoy, tanto tiempo después, sigue abierta.

Así pues, en resumen, tal es la historia que ahora me dispongo a poner por escrito. Siguiendo las enseñanzas de mi maestro, tomo una barra de tinta china, la aplico contra un cuenco de piedra porosa en el que previamente he vertido un poco de agua destilada, y la froto hasta que el líquido adquiere la negrura justa. Es la mejor tinta que he podido encontrar: procede de Shanghái y ha sido elaborada con carbón de cedro finamente molido.

Supongo que para redactar este texto debería haber escogido una pluma de ganso, ya que tal era la herramienta de escritura preferida por don Lázaro, pues, como solía decir, las plumas de ave ayudan a que las palabras vuelen; pero he pasado muchos años de mi vida preparando plumas y seguir haciéndolo ahora se me antoja una labor en exceso tediosa. Así que empuño una pluma metálica y la aproximo al tintero; sin embargo, antes de sumergirla en la tinta, la dejo suspendida en el aire.

¿Qué tipo de letra voy a emplear? Me sorprende no haberlo pensado antes; aunque, bien mirado, sólo hay una alternativa posible: escritura itálica, la favorita de mi mentor, pues, como él acostumbraba a decir, se trata de una elegante caligrafía que conserva sus proporciones por muy rápido que se escriba.

Itálica, pues. Mojo la plumilla en tinta, sacudo una gota sobrante con un leve movimiento de muñeca, trazo sobre el papel la primera letra, una gran E cabezal, y la adorno con una floritura rematada por cuatro puntos en rombo. Más adelante —me digo— añadiré toques de rojo mediante un pincel de marta. Vuelvo a introducir la pluma en el tintero y prosigo con la escritura.

Todo comenzó en Madrid, a comienzos del verano de 1789, casi un año después de la muerte de su majestad don Carlos III y transcurridos seis meses desde la coronación de su hijo, el cuarto de los Carlos, cuando un correo procedente de Francia se presentó en el taller de caligrafía

con una carta urgente dirigida a don Lázaro Aguirre de Salazar y Mendoza...

1

La carta

El taller de mi maestro, un edificio de dos plantas con muros de ladrillo y amplios ventanales orientados al sur, estaba situado en la calle del Espejo, tres cuadas al este del Palacio Real, a medio camino entre el Juego de Pelota y la plazuela de Santiago. El taller propiamente dicho, que ocupaba la mayor parte del piso bajo, constaba de ocho mesas de trabajo distribuidas a lo largo de una gran sala y dispuestas de tal forma que la luz incidiera por el lado izquierdo, salvo la de Ginés que, por ser zurdo, debía ejercer su labor en sentido contrario al de los demás. El resto del espacio estaba ocupado por diversos anaqueles y arcones atestados de material de trabajo, una prensa de encuadernar, una cámara oscura y una serie de artefactos ópticos a los que don Lázaro era muy aficionado y que sólo él sabía para qué servían exactamente, si es que servían para algo.

Por aquel entonces, en el taller trabajaban nueve operarios. El señor Lucas, un cuarentón menudo y nervioso, era el capataz; Salvador, Anselmo y Tomás ejercían de amanuenses y su labor consistía en redactar los cuerpos de texto; Francisco, Ginés y Mariana, la sobrina de don Lázaro, se ocupaban de confeccionar las letras decorativas como cabezales o capitulares —y de diseñar orlas, grecas, cenefas y todo tipo de ornamentación. Demetrio estaba al cargo de las tareas de encuadernación, así como de preparar la piel

para hacer vitelas y pergaminos. En cuanto a mí, pese a llevar casi un año en el taller, instruyéndome sin descanso en el arte de la caligrafía, mi trabajo consistía básicamente en convertir plumas de ganso en instrumentos de escritura—que, para mi pesar, no yo, sino otros, utilizarían—, moler pigmentos, afilar plumillas o elaborar tinta con negro de humo suspendido en agua y goma.

Aparte de los operarios del taller, otros dos personajes prestaban allí servicio: la señora Paloma, una viuda de cincuenta y pocos años, tan rolliza como trabajadora y enérgica, que cocinaba, lavaba y planchaba para don Lázaro, además de ocuparse de la limpieza del taller, y Tértulo Urriza, el cochero, ayudante personal y, como averigüé más tarde, guardaespaldas de mi maestro.

En el piso superior había seis habitaciones, pero sólo vivíamos allí la señora Paloma, Mariana y yo. Tértulo también disponía de un cuarto, aunque nunca lo utilizaba, al menos para dormir, pues todas las noches desaparecía y no volvía a vérselo hasta el amanecer. En cuanto a don Lázaro, vivía en un piso de la calle de las Hileras, a no mucha distancia del taller, pero cada mañana se presentaba el primero en el trabajo, a las seis en punto, media hora antes de que comenzara la jornada, pues, como solía aseverar recurriendo a un símil bélico, un capitán no puede exigirle a sus hombres nada que él no esté dispuesto a afrontar.

Sin embargo, aquella mañana de comienzos de junio don Lázaro llegó con una hora de retraso. De hecho, ya habíamos comenzado el trabajo cuando el maestro entró en el taller con las manos entrelazadas a la espalda y el ceño fruncido. En aquel momento, yo estaba en el rincón donde preparaba los pigmentos, moliendo cinabrio para elaborar bermellón y, aunque no recuerdo qué hacían exactamente los demás, sí sé que Mariana estaba aplicando pan de oro a la ornamentación de una gran letra capitular gótica trazada sobre pergamino, pues su tío se aproximó a ella, contempló con gesto sombrío lo que estaba haciendo e inquirió:

—¿Qué trabajo es éste?

—Una heráldica para el conde de Floridablanca, maestro.

Pese a ser su sobrina, Mariana nunca se dirigía a don Lázaro con familiaridad, al menos en el trabajo, sino con la misma deferencia que el resto de los operarios.

—¿Por qué has decidido utilizar caracteres góticos? —preguntó don Lázaro en tono progresivamente irritado, como si la contemplación de aquella capitular supusiera una grave afrenta.

—No lo he decidido yo, maestro —contestó Mariana mientras seguía bruñendo el pan de oro—. El señor conde lo solicitó expresamente.

Don Lázaro alzó los brazos en un gesto de consternación y exclamó:

—¡Letra gótica! ¿Acaso vivimos en el medioevo? ¿Vamos con lanza y armadura por la calle?

—No, maestro —repuso Mariana pacientemente, sin apartar la vista de su labor—. Ni medioevo ni lanza ni armadura.

—¡Claro que no! Estamos a punto de ingresar en el siglo XIX, vivimos en la era de la razón, ¿no es cierto? Y yo diría que la caligrafía ha evolucionado durante los últimos quinientos años lo suficiente como para no tener que andar todavía haciendo palitroques germánicos. Además, ¿qué demonios sabe de caligrafía el señor conde? ¿Acaso me meto yo en... bueno, en lo que sea que hagan los condes?

—Pero el señor conde es quien paga, maestro —replicó Mariana.

—Ah, ya, y cuando el dinero habla, la razón calla. —Don Lázaro soltó un bufido entre dientes y agregó—: Si algo me ha enseñado la vida es que la riqueza y el buen gusto rara vez corren parejos.

—Claro, maestro. —Mariana alzó por primera vez los ojos del pergamino y le dedicó a su tío una irónica sonrisa disfrazada de inocencia—. Por eso los ricos se ven obliga-

dos a comprar el buen gusto de artistas como usted, lo cual, todo sea dicho, le permite disfrutar de la acomodada vida que lleva. Alguna ventaja había de tener la letra gótica, ¿no le parece?

Don Lázaro abrió la boca para decir algo, pero, como tantas veces ocurría cuando discutía con su sobrina, volvió a cerrarla, limitándose a proferir un bufido algo más airado que el anterior. Entonces, inesperadamente, se plantó ante mí y me preguntó:

—¿Qué estás haciendo?

—Moler cinabrio, maestro —respondí, dejando la mano de almirez suspendida en el aire.

—Para preparar pigmento bermellón.

—Sí, maestro.

—Y lo harás como lo haces siempre, con idéntica técnica e idénticas proporciones, ¿verdad?

—Sí, maestro; cuando el mineral esté bien desmenuzado, lo mezclaré con goma arábiga a razón de una onza de cinabrio por...

—Ya sé, ya sé —me interrumpió él con un revoloteo de manos—. Todo igual que siempre.

Se dio la vuelta bruscamente y comenzó a pasear por entre las mesas, deteniéndose ante cada una de ellas para examinar los distintos trabajos: algo que, como es lógico, ponía muy nerviosos a los operarios. Y más nerviosos se pusieron cuando don Lázaro exclamó a voz en cuello:

—¡Gótica!

Anselmo dio un respingo y derramó unas gotas de tinta sobre el documento real que estaba redactando. Todas las miradas confluyeron en don Lázaro.

—¡Gótica! —repitió éste, consternado—. ¿Estamos usando caligrafía gótica para todos los trabajos?

El señor Lucas, el capataz, avanzó un par de inseguros pasos y tartamudeó:

—Es lo-lo que piden los clientes, ma-maestro...

Don Lázaro alzó las cejas e irguió la espalda con aire grave, justo es reconocer que su porte, sobre todo cuando estaba de mal humor, resultaba impresionante: alto, delgado, con el oscuro pelo entreverado de canas en los aladares y facciones angulosas en las que destacaban unos ojos vivaces y una nariz aguileña que le conferían cierto aire de ave de presa. Pese a sus cuarenta y seis años, aún se conservaba en espléndida forma.

—Los clientes lo piden... —repitió en tono sarcástico—. Muy bien, pues entonces cerremos el taller y abramos una academia de grafías germanescas. —Eché a andar hacia la salida y agregó—: Me voy a tomar el aire antes de que me dé un espasmo gótico.

Los operarios, que parecían haber contenido el aliento desde la llegada de don Lázaro, exhalaban simultáneamente una bocanada de aire cuando le vieron salir del taller. Anselmo, profiriendo una ristra de maldiciones, comenzó a limpiar las gotas de tinta que emborronaban su trabajo. El señor Lucas dio unos golpes sobre la mesa con una regla y declamó su frase favorita: «A la faena, señores, que se seca la tinta». En medio de algunos murmullos, y de las maldiciones de Anselmo, los operarios se inclinaron sobre sus mesas y paulatinamente fueron reanudando la labor.

—¿Qué le pasa a tu tío? —le pregunté a Mariana, aproximándome.

—Que está insoportable —respondió ella sin dejar de aplicar el pan de oro a la capitular.

—Eso ya lo veo; pero ¿por qué?

Mariana dejó el bruñidor sobre la mesa y me miró con cansada resignación.

—Porque se aburre —respondió—. Llevamos más de dos años instalados en Madrid, y eso, para alguien como mi tío, es toda una eternidad. —Exhaló un suspiro—. Sé lo que me digo: pronto querrá marcharse.

Abrí mucho los ojos.

—¿Marcharse? ¿Adónde?

Mariana se encogió de hombros.

—Eso ni siquiera él lo sabe. A veces pienso que mi tío no viaja para conocer otros lugares, sino para huir de los que ya conoce. —Extendió los brazos en un gesto de impotencia—. Es impredecible: está tan normal y, de pronto, se malhumora, empieza a pasear de un lado a otro, como una fiera enjaulada; y, al poco tiempo, tenemos que irnos con algún destino incierto.

—Pero si el taller va viento en popa —aduje.

—Eso a mi tío le da igual, Diego. Él jamás piensa en el dinero, sino en..., bueno, en otras cosas. Suele decir que todo ser humano, cuando nace, viene al mundo con una fortuna, sólo que ese capital no está compuesto de reales, sino de horas, minutos y segundos. Y esa fortuna no sólo es limitada, sino que además se agota día a día. Por esa razón, invertir su tiempo en labores tediosas es para mi tío como derrochar un bien extremadamente valioso.

—Y ahora está dilapidando un dineral en letras góticas —comenté.

—Así es. —Mariana suspiró—. Ya he pasado otras veces por esto, Diego. Hace diez años, cuando estábamos instalados en Madrid, nos trasladamos a París y de allí, al cabo de un par de años, fuimos a Prusia. Luego, justo cuando estaba yo empezando a cogerle el tranquillo al alemán, mi tío decidió ir a Inglaterra y luego a Japón...

—¿Has estado en Japón? —pregunté, asombrado.

—Sí, Diego, sí; justo antes de venir a Madrid pasamos un año en Tokio. —Mariana puso los ojos en blanco y, tras fingir un estremecimiento, prosiguió—: A mi tío le entró la manía de que tenía que aprender Sho-Do, la caligrafía japonesa, así que emprendimos un terrible viaje a Oriente. No puedes hacerte una idea de lo raros y desconfiados que son los japoneses. Me aburrí terriblemente en Tokio, aunque al menos aprendí algo de japonés.

—¿Hablas japonés?

—Un poco. También hablo francés, italiano, inglés y un poquito de alemán, además de español, claro. Eso en cuanto a las lenguas vivas, porque en lo referente a las muertas no se me dan mal el griego clásico y el latín. La verdad es que tengo facilidad para los idiomas.

Justo entonces, el señor Lucas dio una palmada sobre la mesa y nos dijo:

—Señorita Mariana, si sigue retrasándose con el trabajo, le van a acabar brotando nuevas ramas al árbol genealógico del señor conde. Y a Ginés le queda poco bermellón, Diego, así que si no quieres que utilicemos tu sangre como pigmento, más vale que continúes moliendo cinabrio.

—Instruyo a Diego en las técnicas de dorado, señor Lucas —respondió Mariana con una deslumbrante sonrisa—. Enseguida acabamos.

El señor Lucas, que, aunque nunca llegó a tomar los hábitos, había sido educado en un seminario, era tímido con las mujeres y se sonrojaba cuando le hablaba Mariana, así que farfulló algo que no pude entender y siguió con su trabajo. La sobrina de mi maestro se volvió hacia mí y me dijo en voz baja:

—No te preocupes por mi tío, Diego. Intentaré distraerle para ver si se le pasan las ganas de irse.

Mariana contaba por aquel entonces diecinueve primaveras —apenas era, por tanto, dos años mayor que yo—, pero se comportaba como una mujer adulta. O, para expresarlo con mayor precisión, como una mujer adulta dotada de mucho, pero que mucho, carácter. Demasiado, según su tío, pues, como él mismo solía decir, podía ser tan obcecada como un mulo; no obstante, don Lázaro dejaba en sus manos todo lo referente a las finanzas y la administración de la casa y el taller, así que supongo que en el fondo apreciaba la tenaz personalidad de su sobrina.

Pese a que los operarios del taller opinaban que Mariana tenía un aire demasiado masculino, y aunque la señora Paloma insistiese en que debía comer más, pues estaba en